

No terminaremos sin trasmitir la observacion de Mr. Broussais de que casi todos los grandes hombres que han dirigido algun tiempo las masas, todos los que han tenido una influencia grande sobre sus conciudadanos, son notables por el desarrollo de la circunspeccion.

AMOR PROPIO Ó APROBATIVIDAD.

El amor propio es la aprobatividad de Spurzhein; la vanidad, la ambicion, el amor de la gloria de Gall: es un sentimiento que nos hace sensibles al elogio, ó al vituperio; que nos inspira el deseo de la distincion, nos estimula para obtenerla, y viene á ser por esto uno de los principales móviles de nuestras acciones. Hace nacer en nosotros todo género de ambicion, segun que está dirigido por una razon mas ó menos desarrollada, desde la ambicion de las galas y el favor de las cortes, hasta la de la gloria y de las virtudes mas puras. Dad poca inteligencia y mucho amor propio á la mujer, y vereis desarrollarse la pasion del lujo, de los adornos, de la coqueteria; en el hombre, la de los honores, la de los titulos, dignidades, vestidos, bordados, cruces, caballos, trenes etc., y en ambos la vanidad, un vivo deseo de hacer hablar de sí mismos, de adquirir reputacion á toda costa, de relacionarse con los grandes, con las personas notables, con los principes y con los reyes; un goce inesplicable de ser adulados, acariciados y alabados publicamente; de obtener miramientos y señales de respeto. Tambien suelen tener estos individuos una inclinacion á la intriga y á la baja adulacion. Pero, si por el contrario, con un amor propio notable hay mucha inteligencia y sentimientos morales, entonces el hombre siente la necesidad de desenvolver las facultades de que está dotado, aprovecha todas las ocasiones de desarrollar su fuerza, su talento, su moralidad; procura adquirir una buena reputacion, y hace frente á los acontecimientos por medios honrosos; quiere merecer con signos ostensibles la estimacion de sus semejantes, y le veis siempre en la brecha dispuesto á defender los principios que ha adoptado, las instituciones que eree buenas, y á los hombres que estima. No siempre desprecia las dignidades y los honores; pero jamás se humilla para obtenerlos, y está dispuesto siempre á sacrificarlos generosamente.

Así, tanto como seria vituperable en el primer caso la influencia de nuestra facultad, otro tanto sería honrosa en el segundo. El amor propio puede, pues, aplicarse á objetos dignos, como á obje-

tos indignos de nuestra consideracion, segun que estemos mas ó menos convenientemente organizados. Este mismo amor propio no abre muchas veces la bolsa de los avaros, no inflama el valor de los guerreros, no sostiene los trabajos de los sabios, y no inspira con frecuencia á los artistas y á los poetas?

Sin que sea preciso rebajar nuestra dignidad, tambien puede el amor propio causar por sus excesos funestos resultados. Asi es que nos hace susceptibles á una ofensa imaginaria en la menor palabra equívoca; que nos conduce á no soportar la mas ligera critica, sin cólera y sin un dolor profundo; que sin causa real y efectiva, nos hace suponer que los demas desconocen nuestro mérito, y que somos impotentes para satisfacer nuestra ambicion. Asi, por culpa nuestra, turbamos nuestra existencia, y hacemos del desarrollo de nuestras facultades la ocasion de infinitas penas y tormentos, en vez de serlo de placeres y satisfaccion. Unas veces nos inclinamos á la cólera, espoiándonos á sus terribles efectos; otras nos dejamos arrastrar por la tristeza y la melancolia, y concluimos por ser presa de un carácter misántropo, ó caemos en una enagenacion mental. Todos estos resultados son frecuentes y deben servirnos para desconfiar de las sugerencias de nuestro amor propio, para habituarnos á sufrir la crítica, y para ponernos en guardia contra las alabanzas y las lisonjas.

Preciso es obrar desde la primera edad, mientras que la emulacion es uno de los móviles mas ordinarios de nuestras acciones. A nuestros padres y maestros toca dirigir hábilmente su uso, los cuales no deben elevar nuestro amor propio hasta la vanidad, si triunfamos, ni dejarnos entregados á la melancolia si somos vencidos. En la infancia, la susceptibilidad de que nos ocupamos engendra en nosotros los zelos, tormento de todas las edades, que envenena todos los momentos de nuestra existencia, que conduce á mas de un niño al sepulcro, y hace á mas de un hombre tan culpable como desgraciado.

Nunca trabajaremos bastante en disminuir en nosotros el sentimiento de amor propio, cuando viene á turbar nuestra existencia, y á mezclarse en todas nuestras acciones; ó mas bien, es preciso tratar de dirigirlo hácia un objeto laudable, como el de nuestro perfeccionamiento y el de nuestros semejantes, y con razon podremos estar satisfechos de nosotros mismos. Sin embargo, si el exceso de esta facultad arrastra á tan funestas consecuencias, su falta no está libre de ellas. Preciso es confesar que la educacion tiene bien

poca influencia sobre un niño desprovisto de amor propio: feliz él si sus inclinaciones le encaminan al bien, porque en otro caso seria muy difícil hacerle avergonzar por sus faltas. Insensible á las recompensas como á los castigos, no escuchará los consejos. El hombre así organizado no busca la gloria, que no es para él mas que humo; nada comprende de la indignacion que produce una palabra que ataca nuestro honor; se rie de nuestra susceptibilidad, y desprecia la opinion de los hombres. Estraño á toda ambicion, hasta á la de hacer bien, se encierra las mas veces en un frio egoismo, y deja estériles las mas bellas facultades de que está dotado, si es que no se abandona con indiferencia á sus inclinaciones, poco cuidadoso del *qué dirán*. Tan digna de lástima es la necia vanidad, cuanto es desgraciada la indiferencia de que acabamos de hablar, en tanto que la verdadera modestia, que tiene por otra parte necesidad de ser secundada por algunos grados de amor propio, se eleva por cima de estos dos escollos del espíritu, y los destruye con toda la superioridad del mérito real. Una modestia, bien entendida, no consiste en retirarse siempre y huir de la publicidad, sino que sabe colocarse delante cuando la ocasion lo merece, y se coloca en su puesto cuando tiene la conviccion de que puede ser útil.

Así es como nosotros entendemos el uso del amor propio, para el mayor bien del organismo, y por su relacion con las leyes fisiológicas.

ESTIMACION DE SI MISMO.

Esta facultad corresponde á la que Gall designa con los nombres de orgullo, altivez, fiereza, amor de autoridad, elevacion, buena opinion de si mismo. Su accion primitiva y fundamental es la de darnos el sentimiento de nuestro valor personal, sentimiento que no es conforme á la realidad sino en ciertas condiciones; es decir, cuando está en relacion armónica con las otras facultades. Si es relativamente muy elevada la opinion que tenemos de nosotros mismos, será exajerada; y si, por el contrario, es muy débil, no tendremos la conciencia de nuestros medios. En los dos casos producirá el mal.

Cuando el desarrollo es normal, es fácil de percibir, no solo en la conformacion armónica del encéfalo, sino en una conducta que siempre respira dignidad. Sabemos mantener el rango que nos conviene: no tratamos de rebajar á nadie; pero no sufrimos que nos re-

bajen. Tenemos altivez sin tener orgullo; nada emprendemos que no podamos concluir, y no dudamos en colocarnos los primeros cuando es preciso principiar, y si en una reunion de hombres somos realmente dignos de mandar, no nos detiene una modestia falsa, para tomar en nuestras manos las riendas del gobierno, y, gefes improvisados, nos hacemos útiles á aquellos que tenian necesidad de ser dirigidos. Es una palanca poderosa para oponerse á los impulsos bajos y viles que nos degradan á nuestros propios ojos, cuando la educacion de los sentidos ha sido buena, cuando ha contraido buenos hábitos y está esclarecida por la inteligencia; porque puede abusarse de ella, puede inducirse á error hasta el punto de engañarnos y hacernos mirar como un punto de honor el cumplimiento de los crímenes mas atroces. Este sentimiento, unido con la firmeza, es el que nos hace juez de una tiranía insoportable, y nos conduce á la independenciam. Lo que hay de mas cierto es que no hay una gran obra que se haya ejecutado sin que haya un gran desarrollo de la estimacion de si mismo: es una facultad útil á las demas facultades, y necesaria al conjunto de las funciones cerebrales.

Cuando le falta energía parece que le falta tambien á las demas facultades, sobre todo á las que tienen un carácter escéntrico; y no es solo la modestia, sino hasta la bajeza la que se produce por la carencia de la *estimacion de si mismo*. Un hombre en este estado causa lástima algunas veces, porque se deja abatir mas allá de su valor real; sufre y cree que debe sufrir en su posicion inferior; se reduce á la nulidad, porque no siente el gérmen de la dignidad, que nos realza á nuestros propios ojos; sufre toda clase de bajezas sin rebelarse, tratando á la vez de locos y exaltados á los que lo sacrifican todo á su independenciam.

Preciso es estudiar el modo de despertar pronto en los niños, en quienes se caracterizan tales disposiciones, las ideas de grandeza y heroismo, presentándoles las imágenes mas brillantes. Algunos no comprenderán lo necesario que es conocer el poder de esta facultad para ponerla en accion, y que la falta de estimacion de si mismo nos priva de una porcion de ventajas, que nada puede suplir, porque nada puede reemplazar á una libre espontaneidad.

Necesaria es la estimacion de si mismo á un hombre que quiere ser algo, que quiere obrar, que quiere emplear sus facultades, que quiere llenar dignamente su mision humanitaria; es decir, á todo hombre que no está enfermo, que no delira, á todo hombre razonable en fin.

Hemos visto que, sin estar en escés, puede desviarse la estimacion de sí mismo de una buena direccion natural, y que arrastrada por ideas falsas, por el sofisma, y por malos hábitos, puede conducir á actos muy condenables, y el remedio de esto está entonces en el uso de las otras facultades. Pero si hay realmente escés de estimacion de sí mismo, vereis al hombre, si no se le ha hecho conocer la imperfeccion de su organizacion, arrastrado á su pesar á la suficiencia, á la presuncion, á la insolencia, al desden, á la mas insoportable arrogancia. Todos estos defectos dañan al éxito de nuestras empresas, y al cumplimiento de nuestra voluntad, porque acaban por desagradar á todo el mundo, y por do quiera hallamos oposicion. El ridiculo y la aversion se unen á nosotros, y pronto no podemos vivir mas que con nosotros mismos. El sentimiento de *orgullo*, demasiado activo en algunas cabezas exaltadas, conduce con frecuencia á la locura, y las monomanias orgullosas con las de la vanidad, son sin disputa las mas frecuentes. Antes de llegar á tocar el indicado extremo, suele tratárenos de locos, y esta es una advertencia útil.

No es solamente la ignorancia, es tambien el orgullo el que impide al hombre conocer sus defectos, sus debilidades, y las imperfecciones de su carácter; y cuando cree deber quejarse del mundo, si se **examinase** antes de examinar al exterior, encontraria muchas veces la verdad y haria desaparecer muchos obstáculos que se oponen á su felicidad. Tales son los deplorables resultados del escés de *estimacion de sí mismo*: es un obstáculo al curso regular de nuestra vida; es una causa de choque y de oposiciones continuas, de desuniones y odios implacables; es en fin, un mal que es preciso curar á toda costa. Bastaria esponer estos resultados para hacer comprender la necesidad de corregirse. Los padres debieran obligar á sus hijos á servirse ellos mismos, y á respetar en sus servidores el honor y la probidad, que los realza de su posicion infima, porque el valor de un hombre está en su carácter y no en su fortuna. El verdadero mérito tiene su fiereza; pero carece de orgullo: no tiene necesidad de rebajar á nadie, ni aun á los que se hallan menos elevados que él, porque los domina sin querer y sin que se aperciban de ello; ni tampoco á los que están por cima, porque es del pequeño número de los que tienen suficiente valor personal para comprenderlos y apreciarlos debidamente. El verdadero mérito sabe que por mas instruido y hábil que sea cualquiera, es preciso ser completo; que pueda elevarse mas alto de lo que se halle; que

el desprecio que haga de los otros le impedirá perfeccionarse, y que encuentra á menudo en el buen sentido del vulgo lo que en vano hubiera buscado en las eminencias sociales. Si es de buena fé, y lo será cuando se le haya instruido acerca de su especie de organizacion, el hombre dominado por la estimacion de si mismo, convendrá consigo en que está dispuesto á admirarse y á atribuirse mas importancia de la que tiene, y que, para estar en su verdadero terreno, es preciso que combata su orgullo. Su conviccion arrastrará á su voluntad, y se reconcentrará en si mismo, si no completamente á lo menos de una manera tal que no sea el juguete ciego de una pasion viciosa, y, si alguna vez comete un pecado de orgullo, reparará en seguida los inconvenientes.

Una reflexion hay que le hará volver á la razon, y es, que la propiedad del *orgullo* abatido consiste en escitar la *piEDAD* en los hombres bastante fuertes para no tener necesidad de elevarse sobre su valor real. ¡La *piEDAD*, resultado tan miserable y vergonzoso, y tan indigno de la alta idea que de si mismo tiene el orgullo!

FIRMEZA.

Todos los dias decimos: fulano tiene carácter, ó bien tiene un carácter débil. En el primer caso la facultad de que nos ocupamos está fuertemente pronunciada; en el segundo no está lo bastante. Encontramos su origen en el sentimiento, en la conciencia que tiene el hombre de que dentro de si mismo halla la facultad y el poder de querer una cosa, y la de ejecutar lo que su voluntad quiere. Bajo la influencia de esta facultad, el hombre quiere, no porque sea bueno, no porque sea útil, no en fin, porque sea justo, sino porque es en él una necesidad querer: quiere porque quiere, porque hay en el querer un cierto acto de personalidad, una especie de realizacion del *yo* que satisface esta necesidad. Poco importa á esta facultad que la decision sea buena ó mala, siempre que haya una: á los otros sentimientos toca inspirárselas buenas, y á la inteligencia hacer su eleccion. Vemos que sin esta facultad el hombre no tendria personalidad, y seria cualquier cosa excepto hombre.

El desarrollo de esta facultad trae la rigidez de carácter y el espíritu de independencia. Cuando existe en los niños causa la desesperacion de los maestros y de los padres. Esta facultad es la base del verdadero republicanismó, y es tambien, aun mas que la esti-

macion de sí mismo, la que impide al hombre ceder, y la que le dá la dignidad que le asegura, si no títulos y honores, al menos la estimacion de sus semejantes. Las manifestaciones de esta facultad varían hasta el infinito, según el conjunto de la organizacion, y recomendamos para reconocerlas la lectura y el estudio de las obras especiales de frenología. Pero veamos cómo el abuso está muy cercano al uso, y lo que presenta de reprehensible á los ojos de los fisiólogos.

La inflexibilidad de carácter, la perseverancia en una resolucion, deben tener límites, porque la infalibilidad no es un carácter de la humanidad, y, cuando el hombre se engaña, debe poner su honor, no en persistir en su primera opinion, sino en cambiar para aceptar la mejor; de otro modo se daña y daña á los demas, y en todos casos es parcial, y desconoce la armonía de su organismo. Tal es la propiedad de la *tenacidad*; es decir, de la firmeza mal colocada, ó empleada en perseverar en una conducta condenable, en sostener opiniones erróneas, unicamente porque ya se adoptaron. Fácil es conocer en su lenguaje á un hombre de este género: estas palabras *yo quiero* se oyen á cada instante pronunciadas por su boca. Está de tal modo ciego por su sentimiento del *yo*, que no ve en todas las razones que se le dan para hacerle cambiar, mas que una intencion de dañarle: esta idea le exalta y le confirma en su desgraciada terquedad. Si supiera cuál es su disposicion natural; si estuviera convencido, que, cuando muchas veces cree tener razon, puede estar en un error, comprenderia que los esfuerzos que se hacen contra él, son quizás en su interés, y renunciaria á su oposicion caprichosa y tenaz, dejándose persuadir; mas para esto es preciso que principie por conocer su inclinacion orgánica.

Hay una cosa singular: este sentimiento de *firmeza*, que crea el espíritu republicano, conduce en ciertas condiciones directamente al despotismo, y basta para esto ser arrastrado por las masas instintivas y egoistas, y privado del contrapeso de una alta inteligencia, y del sentimiento de justicia. Cuando al mismo tiempo vemos unidos y muy exaltados, la estimacion de sí mismo, el amor propio ó aprobatividad y la destructividad, los sujetos son de tal modo susceptibles, tan irritables, tan coléricos, tan voluntariosos, que no es posible vivir mucho tiempo con ellos, y se hacen ellos mismos desgraciados.

El principal remedio de estos males está en la demostracion frenológica de las facultades de que estamos dotados naturalmente:

así nos convenceremos de la necesidad de escuchar los consejos; nos corregiremos de la manía de ver por todas partes despotismo, y de revelarnos por un falso punto de honor.

Si, por el contrario, el sentimiento de firmeza es débil, seremos el juguete del último que llegue, y, verdadera veleta, giraremos á todos aires. Felices si estamos rodeados por buenas influencias: en tal caso nos conduciremos bien, si no se nos abandona, como recaeremos en el mal, si estamos rodeados de influencias opuestas. Observemos qué circunstancia tan fatal para la educacion: un niño, un hombre de poca firmeza ama el trabajo, se resuelve á entregarse á él con ardor; pero entra en una sociedad de aturdidos, ó de hombres malos, y arrastra á la inteligencia fuera de sus deberes: al desorden, á la disipacion, y en vano es que vuelva en sí mismo, deplora el desgraciado su debilidad al dia siguiente: á pesar de las mas bellas resoluciones en apariencia, vuelve á recaer. Digase, pues, si la educacion, para ser eficaz, no tiene necesidad de un cierto grado de firmeza en el sugeto que quiere formar; su primer deber es desarrollarla, cuando no la encuentre en regular estado de desarrollo, porque sin ella las mejores disposiciones se encontrarán de hecho aniquiladas. Es preciso acostumbrar á los niños, desde la infancia, á tomar una resolucion en los casos dificiles, á sostenerla despues de tomada, no bajo el imperio de una pasion, sino despues de una madura reflexion, á sobreponerse á los obstáculos, por la sola fuerza de su carácter, pidiendo consejo, cuando la inteligencia lo reclama, ó ya por una resolucion espontánea, cuando faltan los consejos, ó no pueden escucharse. El hombre que no sabe querer, es incapaz de gobernar sus facultades, y no está en disposicion de cumplir sus sacrosantos deberes sobre la tierra.

JUSTICIA.

He aquí el mas bello sentimiento de que está dotada la especie humana: á él se reduce la conciencia. Mr. Broussais le trata notablemente en su *Curso de frenologia*, y á él remitimos á los que quieran conocer su accion primitiva y sus combinaciones. Sin embargo, nos parece necesario añadir, que reduciendo, segun nuestro método, esta facultad á su mas simple expresion, encontramos en último análisis, que es la *apreciacion de nuestros derechos individuales y el de nuestros semejantes*. Este es el sentido moral de Gall, la concienciosidad de Spurzheim.